



CARTA IX.

Mi querido Basilio:

Parece que te sientes mortificado por lo que te dije en mi carta relativa al alma, porque no estaba de acuerdo con tus prejuicios, y porque a toda costa quieres tener enfundado en tu cerebro, o en otra parte de tu cuerpo, un espíritu puro, al cual has puesto el nombre de alma. Dices que he usado un estilo zumbón, siendo así que asunto de tal cuantía debe ser tratado con todo miramiento, pues debo tener en cuenta que lastimo creencias arraigadas en no pequeña parte de los hombres.

Yo no te niego Basilio, que me cuesta gran trabajo calzarme el coturno para hacer pesquisas acerca de lo que llamamos alma; pero ya que tu lo quieres, voy a intentar dejar a un

lado las burletas a que se presta la existencia supuesta de ente tan original.

Ya te dije en una de mis anteriores epístolas de donde ha tomado su origen la suposición de la existencia de la tal alma, y a riesgo de repetirme, vuelvo al asunto que trataré de la misma manera, pues evidentemente no puede darse de él otra explicación, ni más verdadera ni más natural.

Imagínate el hombre primitivo, no en las condiciones de los monos antropoides, sino cuando ya su cerebro estaba en aptitud de hacer algunas comparaciones, aunque eran sus actos netamente impulsivos, determinados por la acción inmediata de los agentes exteriores comportándose de la misma manera que un resorte cuando se le hace funcionar.

No es temerario suponer que en ese estado rudimentario de su cerebro, el salvaje, haya tenido sueños, por causas análogas a las que los motivan en los loros, pues a estos se les ha oído hablar estando dormidos, lo cual es una prueba de que sueñan, así como también los perros, que dormidos, con el peculiar la-

drido que dejan oír cuando persiguen la caza, nos dicen con claridad que están soñando.

Continuamos haciendo suposiciones.

Al despertar el salvaje, después de haber tenido un sueño, el cual probablemente debe haber versado sobre sus ocupaciones habituales, que no eran otras que las de la caza, se asombraría de haberse encontrado en el mismo lugar en que se quedó dormido, y no entre la espesa selva, donde fatigado y sudoroso, persiguió al ciervo de las cavernas su contemporáneo, en la época en que tan poco desarrollado estaba su cerebro. Es muy probable que al principio tan solo sorpresa le haya producido tal fenómeno, pero las repeticiones de él, han de haberlo forzado a pensar (más bien debía decir a sentir) que en él había dos salvajes, uno que dormía y otro que cazaba, cuando dormía.

Esta explicación no es nueva, pero sí muy conforme con la razón, siendo la aceptada por todos los naturalistas psicólogos. Así dió comienzo este desdoblamiento de la personalidad humana: en un principio los dos términos

estaban íntimamente ligados el uno al otro, y después se han ido separando hasta constituir dos entidades, conocidas al presente con los nombres de alma y de cuerpo.

Textual te copio un párrafo de Luis Bourdeau, relativo a lo que antes te he dicho: "Cuando despierta (el salvaje) se encuentra en el mismo lugar donde el sueño se había apoderado de él, y aquellos que habiendo permanecido despiertos en torno suyo no lo han perdido de vista, le certifican que no ha cambiado de lugar. Sin embargo él recuerda con toda claridad que ha ido a otros lugares, que ha visto tales cosas, tenido tales encuentros y obrado de tal modo. Ahora bien, él es incapaz de concebir esas visiones nocturnas como el efecto interior, automático del cerebro funcionando sin dirección, y, por tanto, de establecer una distinción completa entre la vida real del estado de vigilia y la vida ilusoria del estado de sueño. Las cree igualmente verdaderas, pues tiene de las dos la misma conciencia. Sin embargo, le es imposible conciliarlas, a menos que admita que se ha encon-

trado en dos lugares a la vez, suposición que la más constante y la mejor probada de las verdades proporcionadas por la experiencia, le prohíbe hacer; no puedo salir de esa contradicción mas que presumiendo que él mismo era doble, compuesto de dos seres que, asociados durante la vigilia, son susceptibles de separarse durante el sueño.

No hay remedio, Basilio, el estudio de la psicología del hombre primitivo nos da la clave del origen de nuestra supuesta dualidad. Vemos con perfecta lucidez de que manera se formó esa alma que tanto ha fatigado la mente de los filósofos moralistas.

Una vez creada el alma no nos hemos conformado con hacerla nacer de los sueños, hemos querido que sea inmortal.

Esta idea de la inmortalidad de el alma también tiene su origen en nosotros mismos. Una vez desdoblado el ser humano, fué preciso señalar su destino a cada una de las partes.

El sueño es indudablemente un estado muy parecido al de la muerte; el que duerme no está hasta cierto punto sometido a los agen-

tes exteriores con los cuales se pone en contacto por medio de los sentidos, y ellos, mientras las excitaciones no traspasen los límites naturales, no llevan al cerebro ninguna sensación. Para que el que duerme despierte es necesario producir un fuerte ruido, moverlo con alguna violencia, poner ante sus ojos un foco de intensa luz, & Por eso dijo el poeta.

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel.....

Una vez asimilado el sueño a la muerte, y desdoblándose por él el ser humano, era lógico considerar el desdoblamiento igual en el caso de la muerte, y buscar para el otro yo un lugar donde habitase después que el cuerpo era depositado en la tierra, donde se desorganizaba, quedando de él solamente el esqueleto, que al fin se reducía a polvo. Pero ¿qué se hacía del otro ser compañero inseparable del cuerpo?

La loca de la casa comenzó a ejercer sus funciones, y se fueron señalando lugares al compañero, que abandonaba, por causa del largo sueño, al cuerpo del cual era inseparable

durante la vigilia. Principió el otro yo a vagar al rededor de la caverna o de la habitación lacustre. En esta primera etapa, el espíritu del muerto es considerado corpóreo: entra por los agujeros de las habitaciones, tropieza con los muebles, traspone los objetos de un lugar a otro, se oyen sus pasos, es a veces, como un viento que sopla los rostros de los individuos o sacude el ramaje de los bosques; en otras ocasiones es una sombra que se dibuja sobre los objetos, &. Todas sus manifestaciones muestran su materialidad. La creencia en estas manifestaciones aun existe en nuestro pueblo, en las clases de escasa mentalidad. A tí y a mí nuestras sirvientas nos han contado concejas semejantes que hemos creído, porque nuestro cerebro de niños no estaba mas desarrollado que el de los salvajes.

El campo en que la imaginación bordó, en estos asuntos de los aparecidos, continúa aún hoy en explotación, y da prodigiosa y abundante cosecha.

Que el alma era tenida por algo material,

lo demuestran algunas prácticas empleadas para impedir que ella saliera del cuerpo de los agonizantes, y con tal motivo se les tapaba la boca; algunos juntaban su boca con la del moribundo para recoger el alma, en la creencia de que por ella se escapaba, conciderándola como un aliento, toda vez que cuando cesa la respiración la muerte sobreviene. Esta idea del alma soplo, de los primeros pueblos, sobrevive hasta la redacción de la Biblia, y allí puedes leer en el Génesis, que a nuestra primer padre con un soplo se le infunde el alma. Hasta que Gehová no espiró en la faz del Adán de barro el soplo de vida, no se movió el artefacto del primer alfarero. Perdona, Basilio, si llamo alfarero a Jehová, pero no es posible pasar inadvertidos estos borrones científicos sis darles una raspadita, por más que estas creencias y otras semejantes hayan pasado, a muchos de los que actualmente viven, en virtud de las leyes de la herencia.

Y te digo que han pasado a nosotros en virtud de las leyes de la herencia, porque Demócrito, Heráclio, Diógenes y Marco Aurelio &

antepasados nuestros, dan al aire una función anímica.

Observaras, Basilio, que a medida que es más escasa la mentalidad de una persona o de una clase social, dá mayor crédito a las patrañas de los aparecidos, regularmente nocturnos, pues estos seres son y continúan siendo enemigos de la luz. Dice Bourdeau: "Los muertos invisibles a la luz del día, solo se mostraban durante la noche, comparable a la obscuridad."

A esta grosera concepción del otro ser con que se completaba el ser llamado hombre, siguió otra más aerea, más sutil; ya no vaga en el espacio, al derredor de las habitaciones, se remonta a regiones más elevadas, y tiene allí un lugar a donde va, ovedeciendo a otro género de consejas, a recibir premios o castigos, de los cuales te hablaré en su oportunidad.

El alma imaginada como aire, se fué simplificando más y más; de esta primera etapa pasó a ser una partícula ignea, una llama, trocándose despues en algo completamente distinto de la materia, y por consiguiente, viviendo y funcio-

nando de diversa manera que las cosas materiales.

Una vez, desmaterializada el alma, se la hizo inmortal, pero aún entónces, no creyendo que superviviera separada de un cuerpo, la transmigración la llevó al traves de los hombres, y hasta de los animales sin hacerla perecer jamás, y despues de animar a otros seres concluyó por habitar en un lugar, creado expresamente para ella, poblado de entes que se le parecían por su cualidad de incorpóreos.

La experiencia nos enseña que todo en la naturaleza perece, y sinembargo, a la supuesta alma se la decretó la inmortalidad.

¿Porqué?

Porque todo lo material acaba por la destrucción de las partes que lo componen, y el alma careciendo de partes, carecía del modo de perecer de las cosas materiales, supuesto que no estaba formada de partes. Habiéndosele hecho pasar de aire, de soplo, de partícula ignea, de llama a un ser invisible, impalpable, sin ninguna semejanza con las cosas materiales, creyose que de tal supuesto se deducía necesariamente la supervivencia eterna, deducción que carece

de fundamento. Si el alma fué creada, es lógico suponer que el que la creó puede reducirla a la nada, pues para crear es justo suponer mayor omnipotencia que para destruir. Si no fué creada, sino que se produjo espontaneamente, lo cual es inconcebible, es indispensable hacer el supuesto arbitrario de que en la misma espontaneidad iba invivita potencialmente la inmortalidad.

La supuesta simplicidad del alma, caso de que las dos cosas existieran, no sería la primera causa de la eternidad de la segunda. Para comprobar esta opinión te cito lo que dice Bourdeau "Aun cuando estuviera demostrado que el alma presumida es simple, no se deduciría que es inmortal, porque se ignora si su destrucción no podría producirse de una manera distinta de la disociación de las partes. Supuesto que ella no es una magnitud EXTENSIVA, no dejaría de ser una magnitud INTENSIVA, llevando consigo grados que la hacen crecer y decrecer alternativamente, la elevan por encima de cero y la vuelven a atraer a él. Entonces estaría expuesta a extinguirse, ya por languidecimiento

continuo, como en la decrepitud senil ya por desvanecimiento brusco, como sucede en el sueño o en el síncope. Esta objeción que Kant emitió, tal vez sin haber medido todo su alcance, porque solo la presenta de paso, bastaría para destruir la antigua prueba de inmortalidad del alma deducida de su simplicidad.

Te dije, Basilio, la supuesta alma y así se expresa Taine. "El yo, el alma, ese pretendido sugeto del pensamiento, guardando su unidad, su identidad bajo la ola movediza de las sensaciones, es una ilusión. No hay nada real en el yó, salvo la línea de los sueesos."

De los diferentes modos con los cuales nos enseña el cerebro su actividad, y que llamamos memoria, entendimiento y voluntad, o sean las dichas tres potencias del alma, según debes haber aprendido en el catecismo del Padre Ripalda, que para vergüenza del siglo XX continúa en las escuelas hartando de errores la mente de los niños, hemos hecho, por síntesis, el mito al cual llamamos alma, y como la memoria, el entendimiento y la voluntad son invisibles e impalpables, ha resultado el todo con

las mismas propiedades, y aunque estas tres llamadas potencias, son perecederas, pues todas desaparecen en el síncope, viéndolas sucumbir también una a una toda vez que se pierde totalmente la memoria, que carecemos en muchos casos de voluntad para ejecutar algunos actos y que el pensamiento desaparece, cuando la inconciencia se hace sensible, como en los casos de locura, sin embargo a la síntesis de esas tres maneras, por las cuales se hace manifiesta la actividad del órgano pensante, le hemos decretado la inmortalidad. De estas tres potencias algunos han hecho varias almas: los egipcios, los romanos, Platón, Aristóteles, Lucrecio y hasta el animista S. Pablo, que la divide en dos, de la cual una parte es sensible y a la otra queda el sentido de lo divino. Este Platón, que te he citado le da una alma al vientre, la cual preside los apetitos groseros materiales como el hambre, por lo que me supongo que esta alma no debe ser otra que el gran simpático.

Todo lo anterior te demuestra, Basilio, que cuando no nos regimos por la experiencia, esto es, cuando nuestros juicios no tienen por base